

REYES DE NAVARRA

1ª ENTREGA



Primera entrega del dossier de Reyes de Navarra, una recopilación de artículos publicados en Diario de Navarra y que narra la historia de los Reyes de Navarra.

Esta entrega incluye: nacimiento del reino, Iñigo Arista, García Íñiguez, Fortún Garcés, Sancho II, García II, Sancho III el Mayor, García III el de Najera, Sancho IV y Sancho Ramirez.



mundo**DN**

DN

DIARIO DE
NAVARRA

Un esbozo del proceso que llevó a la formación del reino de Pamplona abre esta sección dedicada a la historia de Navarra

FERNANDO HERNÁNDEZ
Pamplona

DURANTE casi siete siglos exactos, en el periodo que va desde 816, año en el que se suele situar a Íñigo Arista como primer rey de Pamplona, hasta 1512, en el que la invasión castellana acabó con el reino como entidad política independiente, Navarra, en palabras de José María Lacarra en su *Historia del reino de Navarra en la Edad Media*, "mantiene su personalidad a costa de grandes esfuerzos frente a reinos vecinos poderosos". Es un tiempo en el que sus reyes, unos mejores y otros peores, simbolizan la unidad y las instituciones del reino.

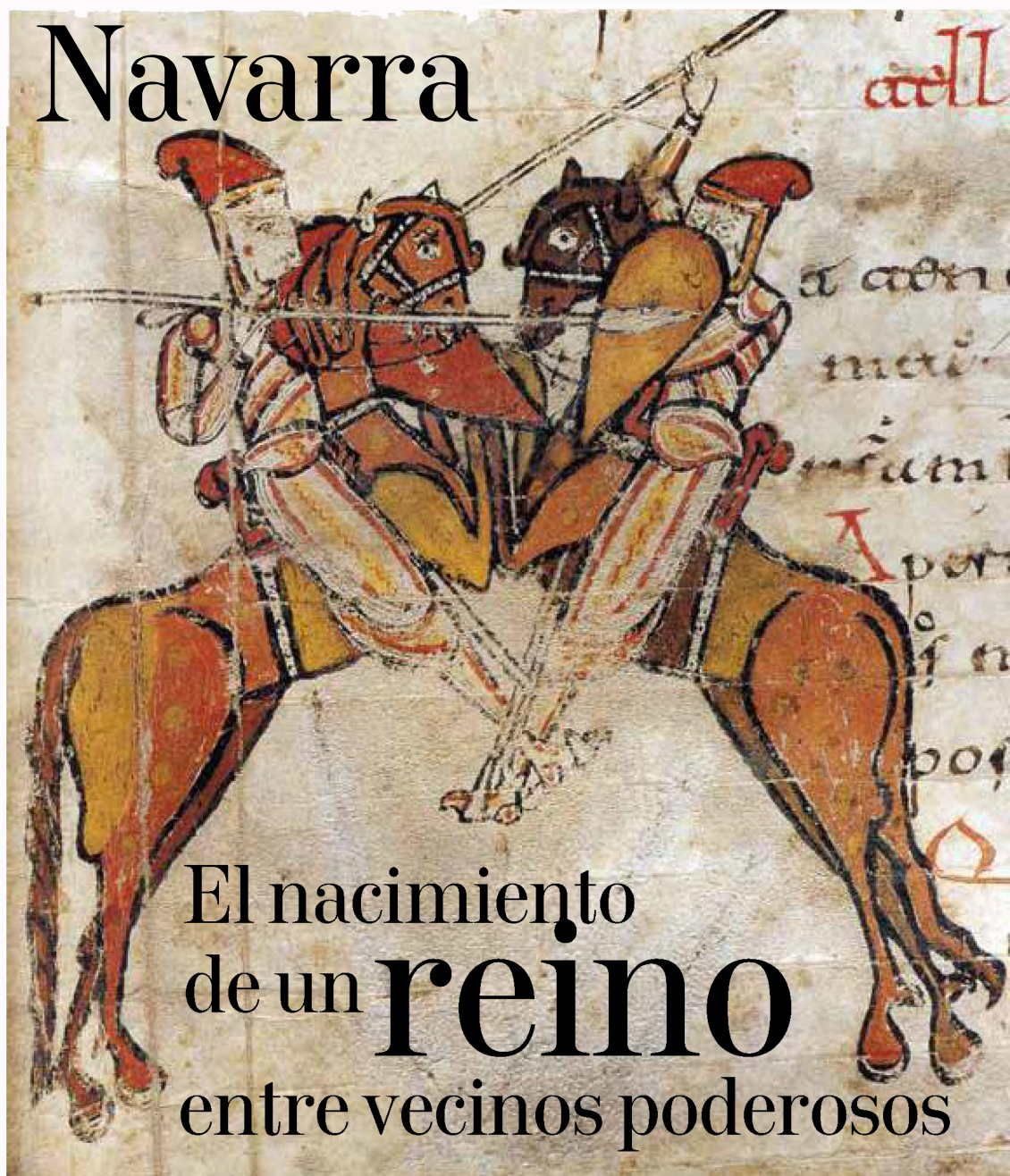
La historia que conduce a la creación del reino empieza tres siglos antes, con la disolución del Imperio romano de Occidente. Cuando el último emperador, Rómulo Augústulo, fue depuesto en 476, el territorio de la Hispania romana ya llevaba más de medio siglo bajo el control directo de los reyes godos.

El tiempo de los godos

Pero el dominio godo sobre la Península no fue sencillo. Hasta mediados del siglo VI el reino visigodo de Toledo no conseguirá dominar toda la península, frente a los suevos en el noroeste y a los bizantinos en el sur. Desde el norte, los francos intentaron ocasionalmente entrar en la Península por Navarra. Y, por si los enemigos exteriores fueran pocos, los godos tenían la desconcertante costumbre de cambiar de rey asesinando al que ocupaba el trono: de los 32 reyes godos que componen la famosa lista, trece, o tal vez quince, murieron asesinados.

Pero en el año 610, mientras Gundemaro (que había asesinado a su predecesor, pero moriría de muerte natural) se empeñaba en una campaña contra los vascones de la vertiente sur de los Pirineos, se producía en el otro extremo del mundo conocido un acontecimiento que iba a cambiar la historia. Un comerciante de La Meca llamado Mahoma había comenzado a recibir revelaciones divinas. En 622, volvió la espalda a su tribu y emigró a Medina con otras setenta familias que se habían convertido a la nueva fe. Cuando muere Mahoma, en 632, el islam se había convertido en la religión que unificaba a las tribus árabes. A partir de ahí, la expansión fue meteórica.

En el 710 la historia de los visigodos y la de las conquistas musulmanas se cruzaron. Tras la muerte de Witiza, dos candidatos, Rodrigo y Agila II se disputaban el trono. Aunque no está claro, parece que los partidarios de Agila llamaron en su ayuda a las fuerzas musulmanas que ya ocupaban el norte de África. La derrota de Rodrigo y su ejército en la batalla del río Guadalete, a finales de julio de



Navarra

El nacimiento de un reino entre vecinos poderosos

Dos jinetes combaten en una miniatura del *Psalterio y Liber Canticorum* de San Millán de la Cogolla.

711, abrió la Península a las tropas musulmanas.

La conquista musulmana

La conquista fue rápida y apenas encontró resistencia. Las plazas visigodas fueron rindiéndose y aceptando diferentes formas de sumisión a los nuevos amos musulmanes. El vasallaje no implicaba convertirse a la nueva religión, ya que los musulmanes toleraban a cristianos y judíos. Sin embargo, para prosperar sí era necesario abrazar el islam.

Uno de los primeros en entenderlo fue Casius, jefe de un distrito visigodo que se extendía por el valle del Ebro en torno a Tarazona ("y con influencias quizá hasta Pamplona", señala Eloísa Ramírez Vaqueiro en *Historia de Navarra*), que no solo capituló, sino que se convirtió al islam. Su familia, desde entonces los Banu Qasi, "iban a conservar así durante dos siglos su preeminencia social, su posi-

ción económica y notorias funciones políticas en las riberas actualmente navarras y riojanas del Ebro". Alberto Cañada señala en el *Gran atlas de Navarra* "el poder que alcanzó la familia durante dos centurias les hace acreedores de un lugar en la historia de Navarra".

Pamplona se rindió en torno a 715 y quedó obligada a pagar tributo a las fuerzas musulmanas. A mediados del siglo VIII, y fruto, posiblemente, del incumplimiento de las capitulaciones, se instala una guarnición en Pamplona.

La huella principal de ese acontecimiento se descubrió en 2002, cuando se encontró una necrópolis musulmana al construirse el aparcamiento de la Plaza del Castillo. Las 172 tumbas de la *magbara* de Pamplona confirman que no solo hubo una importante guarnición en Pamplona, sino que no estaba compuesta solamente por soldados. Los cadáveres de mujeres y niños revelan la existencia de familias, y otros signos, como el

hecho de que algunas mujeres tuvieran los dientes limados, que provenían del norte de África.

La expansión islamista por el oeste de Europa quedó frenada en 734 en Poitiers, cuando Carlos Martel, que era el hombre fuerte de una monarquía merovingia en decadencia, derrotó a las fuerzas musulmanas. Aunque Karen Armstrong, en su libro *El islam*, asegura que "desde luego, no fue precisamente una especie de Waterloo" para los árabes, lo cierto es que la frontera entre musulmanes quedó fijada durante un siglo al sur de los Pirineos.

Fueron cien años, en palabras de Ángel Martín-Duque (*Historia ilustrada de Navarra*), en los que "la tierra actualmente navarra quedó así soldada a los dominios musulmanes de Hispania, Al-Andalus, hasta que, casi un siglo después, por lo menos en Pamplona y su contorno pareció haber sonado la hora de un cambio de rumbo cristiano".

No se trató de un proceso sencillo, y mucho menos lineal. Pamplona se vio acosada por las fuerzas carolingias y las musulmanas que llegaban desde Córdoba donde, en 756, Abd al-Rahman I había proclamado su soberanía frente al califato instalado en Bagdad.

Roncesvalles

En este contexto de presión carolingia por hacerse con el control de la vertiente sur de los Pirineos llega, en 778, la batalla de Roncesvalles. Carlomagno atendía la petición del gobernador musulmán de Zaragoza, Sulayman al-Arabi, que había viajado hasta Paderborn para pedirle ayuda en su rebelión contra Córdoba, y que le prometió entregarle las ciudades que controlaban.

A partir de ahí, la historia se mezcla con la leyenda. Las fuerzas de Carlomagno se presentaron ante Zaragoza, pero su defensor se negó a cumplir lo acordado. Te-